

el reclutador lanzó un silbido: cuatro sayones se presentaron, llevándose encerrado al pobre carpintero Cuando le abrieron la trampa, estaba asfixiado.

— Conque, amigo y Señor D. Sebastián, no le vaya rd. Si hacer lo del carpintero

El Gran Pontifex del Herdismo.

—
V

El compadre Juan N. Navarro y yo, fuimos a despedir hasta los muelles a los Sres. Romero Rubio y Juan José Baz: el vapor americano de la línea de Cuba y Veracruz, levantaba anclas a las tres de la tarde. El día era lluvioso y frío. El Sr. Navarro, que habla inglés como un marinero inglés, instaló en un confortable gabinete del steamer a los queridos viajeros. Disponíamos de dos horas para darnos los mutuos adioses. En el buque todo era animación, movimiento, ida. La tripulación se había distribuido en múltiples faenas: unos pavoneaban el bronco y el pacer hasta

dejarlo de una tesura centelleante; otros, trepados en el cordelaje del velamen, se araban como arañas en la tupida red; aquí, un grupo con el cutis bronceado por el sol de los trópicos, iba enormes fardos que van desapareciendo por la escotilla; allá, una familia que parte y otra que se queda forman círculo sobre cubierta, besándose las mujeres unas a las otras, algunas llorando y todas emocionadas; la figura robusta y encendida del mayordomo (Steward), tomando el manopla de llaves de la despensa y dictando sus órdenes para la comida del a bordo; y ahí a la puerta de su lujoso gabinete, mirándolo todo con insolente decisión, el capitán yankee del vapor, con el semblante alcoholizado..... Nivido es el cuadro, palpitante de vida como una de esas descripciones marítimas de Pierre Loti.....

Mientras los Sres. Paz y Navarro arreglaban la colocación de los equi-

pages, me encené a hablar confidencialmente con el Sr. Romero Rubio: fue esta mi última entrevista con él, y el primero de mis fatales presentimientos que el tiempo se encargó de realizar. Me reveló que tenía un pasaporte privado de Don Porfirio, pero que ese paso era simplemente una medida precautoria contra una probable alvosía de este señor. El Sr. Romero Rubio pasaba a México como Lugar-Teniente del lerdismo: yo le investí con todas las facultades en el caso requeridas. De obtenerse el triunfo de la restauración, yo volvería al país como Presidente legítimamente elegido, pero volvería tan sólo para renunciar la suprema magistratura, retirándome después, y para siempre, a la vida privada. Antes de retirarme favorecería, ya no con mi poder oficial, con mi influencia personal, la elección del Sr. Romero Rubio para la Presi-

dencia. Esta era la base de nuestro pacto: racionalmente no cabia en mi la deslealtad.

Conocedor de la naturaleza humana y especialmente del carácter de mi delegado, empleé como gran motor de nuestro pacto, la ambición. Debo explicar a mis conciudadanos la emisión de ese concepto, más propio de un Dictador que de un pacífico letrado cual yo soy.

Desde en vida del Sr. Juárez se organizó un partido llamado de Hombres Civiles, y cuyos secretos estatutos fueron redactados por D. Hilarión Jorás y Soto. Ese partido con sucursales en todos los Estados, venia a constituir una masonería de un género nuevo, y con alguna semejanza al carbonarismo de Francia en la época

del Gral. Cavainas. El espíritu fundamental de los Hombres Civiles, vinculaba en la urgente necesidad de excluir de los puestos públicos, insensiblemente, a los militares y gentes adictas al pretorianismo, dando cabida a los hombres de ley y de justicia. Don Benito, no obstante haber incurrido en graves errores, tenía siempre vibrante en el fondo de su conciencia esta máxima aséptica: "la paz no es posible sin la justicia." Al elemento militar debe México sus más tremendas complicaciones, sus más terribles desastres: la dictadura de Santa Anna costó el desmembramiento de su territorio y el atentado de Miramón con los caudales extranjeros, las reclamaciones diplomáticas de la Gran Bretaña, que más tarde se resolvieron con la Alianza Tripar-

381

sita. El sable debía quedar hecho pedruzcos en la tabla de la Ley; así, el escudo de esa nueva Masonería política, representaba un libro en cuya portada los fragmentos de un sable se entrecruzaban sirviendo de pedestal a la ley. Esto no significaba en ningún modo la extinción del Ejército, sino la su- misión del Ejército a los Poderes Civiles. Era el camino más recto y llano, según opinión del Sr. Juárez, y para con- gular con el espíritu revolucionario, de continuo levantisco y turbulento. Los gobernantes al Capitolio, los sol- dados al Cuartel, los clérigos al Templo y los ciudadanos al Trabajo, y tal era, en síntesis, el dogma de fe y propaganda de la "Sociedad de Hombres Civiles." La muerte violenta de D. Benito dejó sin forma esa idea, que de implantada y desarro- llada, habría ahogado en su cuna las tumultuosas ambiciones que

más tarde se desencadenaron en la República. Cuando traté yo a mi vez de impulsar esa reliquia póstuma, era ya demasiado tarde: la Nación, víctima del histerismo revolucionario, no quería oír más del toque del clarín y las proclamas revolucionarias, es- critas en un dialecto bárbaro y belico- so. Ese desvarío corrobora el Juicio de Mr. Faine sobre las nacionalidades latinas: - "Les impresionan el color y el sonido: dadles colores y música, y de seres reflexivos, los torcéis en animales impulsivos."

Ninguno más idóneo que el Sr. Romero Rubio para llevar a cabo esa humanitaria idea de la su- premacía de los poderes civiles: o- fiaba por temperamento el mili- tarismo y tenía horror a las armas de fuego y a las armas blancas. Contaré un incidente en confir-

mación de este aserto: Juan José Bar cargaba constantemente un pequeño revólver niquelado, revólver que era la pesadilla del Sr. D. Manuel. Al apearnos de un coche para tomar el vapor de Nueva York, en Colón, la pistola se escapó del bolsillo de Bar disparándose al caer. El Sr. Romero Rubio se puso mortalmente pálido y con palabras entrecortadas por la emoción, díjome en las ansias de la agonía:

— Estoy herido..... Un telegrama..... a mi mujer..... Agustina.....

Miré: un hilo de sangre corría del cuello bañando la camisa.

Quedé consternado; una desgracia más en las actuales desgraciadas circunstancias, era realmente cruel.

Aun no salía de mi doloroso estupor, cuando ví que Bar se precipitaba sobre el herido ex-

chamando con su imperturbable gracia: Pero, hombre, si esto es una espina, una espina!

Era que el coche se había detenido junto a un arbusto espinoso que en Panamá se conoce por uña de gato, y una espina había pinchado el cuello deslizándose por entre la corbata.....

Ya repuesto de su emoción, el Sr. Romero Rubio no cesaba de preguntar:

— Y la bala? ¿dónde está la bala?

Este rasgo de extraordinaria timidez, refleja la escasa virilidad de este temperamento, y su odio por todos los instrumentos punzantes, cortantes y detonantes.

Para excusar mi candorosa confianza, me ha parecido indispensable la anterior digresión:

una naturaleza como la del Sr. Romero Rubio, dada a la quietud burguesa del hogar y enemiga de la soldadesca, lógico se parecía que el militarismo encontraba en él uno de sus más ruidos opositores y el elemento civil uno de sus más fervientes partidarios. Aunque conocía yo la ductilidad política de mi Ex-ministro, jamás osé imaginar que llegaría a una fusión con el porfirismo: su reñido contra el Sr. Díaz se había enconado en el destierro, y su único ideal, su idea obsesiva en el extranjero, era la de castigar al usurpador el día de la restauración. Iba más allá: meditaba hasta en el asesinato político.

Mis instrucciones fueron terminantemente amistosas: proteger

126
el movimiento de Escobedo haciendo atmósfera moral en México; mantener la agitación en los círculos políticos, con especialidad entre los burocráticos; fomentar la venalidad de Bahlot y sus muchachos de "El Federalista" instigándolos para que, con la virulencia que les era genial, atacaran a los jefes de Tuxtepec haciendo imposible, entre aquellos y estos, toda conciliación. Por último, ir dando cuerpo en la opinión a la candidatura de él mismo para la Presidencia de la República."

La idea de una traición por parte del Sr. Romero Rubio era un absurdo: - él iba como Sumo Pontífice de un partido cuya vitalidad era incuestionable; él me sucedería en la Presidencia sostenido por el núcleo de mis partidarios; entre él y yo la dualidad política e individual desaparecía, siendo él

el complemento del yo mismo. Luego
traicionarme, era traicionarse a si mismo.
¿ Bajo la presión de qué fenómeno
psicológico el Sr. Romero Rubio pudo
haber consumado la más vergajosa,
la más abyecta, la más innoble de las
infidencias?.....

¿ Cómo resolver ese problema de
mecánica intelectual? Ah! Nosotros
vivimos en una época cruelmente
significativa..... ¿ Quién es ella???

Fue, lo vieron y lo capturaron

VI

En los primeros días de Febrero de
1878, el General Escobedo, acompañado del
Coronel Monroy, salió de Nueva York con
dirección a Texas: llevaba en su maleta el
plan de operaciones y una proclama que
con anterioridad había redactado el Sr.
Romero Rubio.

A ser verídico, diré que la personalidad
política del Sr. Escobedo no me inspiraba
plena confianza, no precisamente porque
abrigara sospecha de una infidencia, - lejos
de mí tal pensamiento! - sino más
bien por la deplorable flaqueza de
su carácter y el decaimiento físico de
su vigor de otros años. Para abrir una
campaña de la magnitud de la que
se le encomendara, requerían lozanía
de vida y voluntad de hierro: aquella
para soportar las fatigas y ésta para